

¿Cuándo murió Janos Kovacs?

Por Lajos Zilahy

Ni siquiera se lavó las manos, sucias de barniz; tan solo las secó en el trapo que colgaba de un clavo junto a la puerta. Después se quitó el verde delantal de carpintero y se sacudió las virutas de los pantalones. Se colocó el sombrero y, antes de cruzar la puerta, saludó con voz extrañamente desmayada al viejo dueño del taller, quien, en pie y vuelto de espaldas, revolvía la cola en el fuego.

–¡Tenga usted buenas noches!

Desde la mañana vibraba en el fondo de su ser cierta sensación desconocida. Tenía mal sabor en la boca; de vez en cuando se le detenía el cepillo en las manos y cerraba, cansado, los párpados.

Llegó a su hogar y cenó sin apetito. Vivía en casa de una anciana, la viuda de Ferencz Borka, en un cuartucho tan miserable que en otros tiempos había servido de leñera.

En aquella noche –por más señas, el 4 de octubre de 1874– murió a la una y cuarto de la madrugada Janos Kovacs, oficial carpintero. Había sido un hombre de espaldas algo estrechas, cara apergaminada, bigotes rojizos y una voz que era un susurro. Vivó treinta y cinco años.

Dos días después lo enterraron. No quedó tras él ni mujer ni hijos; tan solo una cocinera que servía en Budapest, en casa de un tal señor Tordai, director de un banco. Dicha cocinera era hermana de Janos Kovacs.

Cinco años después murió también el viejo carpintero en cuyo taller había trabajado. Y nueve años más tarde pasó igualmente a mejor vida la anciana en cuya casa había habitado.

Y cuando ya había transcurrido catorce años murió también la cocinera de los Tordai, de la cual hemos dicho que era hermana de Janos Kovacs.

Y, finalmente, veintiún años más tarde —el 6 de marzo de 1895—, en una pequeña taberna del final de la avenida Kerepes, en Budapest, estaban sentados jovialmente un grupo de cocheros de simón, tomando unos tragos de vino en una mesa cubierta por un modesto mantel encarnado. Era ya hora muy avanzada; quizá las tres de la madrugada. Apoyados de codos sobre la mesa, soltaban las más estridentes carcajadas. En el local el humo del tabaco más ordinario pesaba como una densa nube.

Estaban evocando los recuerdos de su servicio militar. Un cochero gordo, con doble barbilla y cara encarnada, al que los otros llamaban Frici, dijo con su acento alemán:

—Una vez, sabes, amigo, el capo puso la cabeza de un recluta dentro de la estufa... —Y al llegar aquí se apoderó de él una risa tan fuerte y violenta, que descargó de plano un manotazo sobre la mesa.

—¡Qué caramba! —gritó. Se le hincharon las venas del cuello y de las sienes y las carcajadas le sacudieron el cuerpo durante largos minutos, y aún cuando por fin logró recobrar un poco la serenidad, todavía de vez en cuando repetía aquellas estentóreas carcajadas.

—Le puso la cabeza dentro de la estufa, y le obligó a que gritara allí dentro cien veces: “Señor capo a sus órdenes”... Pobre muchacho, estaba arrodillado de gatas ante la estufa, y nosotros por detrás, bam, badabam, le dábamos tan fuerte que ya nos dolían las palmas...

De nuevo soltó otra interminable carcajada, y después le dijo a otro cochero:

—¿Te acuerdas, Franci?

Franci asintió con la cabeza.

El cochero de simón se pasó la palma por la frente:

—¿Cómo diablos se llamaba aquel muchacho?

Franci miró fijamente al aire, y por fin, tras un considerable esfuerzo evocativo, dijo:

—A ver... Kovacs... Janos Kovacs...

Fue aquella la última vez que una boca humana pronunció el nombre de Janos Kovacs.

En el día 10 de noviembre de 1899, llevaron al Hospital de San Juan de Dios a una obrera cardíaca de la fábrica de tabacos de Buda Vetera. Tendría unos cuarenta y cinco años. La hospitalizaron en

el primer piso, en la sala general número 3. Yacía muy quieta y asustada en su lecho de dolor, pues sentía claramente que iba a morir. Los demás enfermos de la sala dormían ya, reinaba la oscuridad, sólo rasgada por la diminuta luz azul de la consabida lamparilla.

Aquella obrera dejó perder su mirada desorbitada en la penumbra y pasó revista a toda su vida. Rememoró una noche de verano en la aldea, y recordó a un apuesto mozo de mirada mansa, con el cual, prendido del dedo índice y a través de la atmósfera cargada de fuertes olores, se paseaban por los prados.

Desde que aquella noche fue mujer.

Aquel muchacho se llamaba Janos Kovacs; y en esta ocasión el rostro, la voz y la mirada de Janos Kovacs volvieron a resurgir por última vez en este mundo. Pero ahora ya ni siquiera se pronuncia su nombre; sólo en los pensamientos de aquella pobre moribunda volvió a llamear, mudo, durante fugaces instantes.

Al año siguiente se quemó aquella parroquia aldeana en la que se guardaban las polvorientas actas donde estaban registradas las fechas del nacimiento y la defunción de Janos Kovacs.

En enero de 1901 hacía un invierno extraordinariamente duro. Hacia la noche, cuando ya la oscuridad era completa, un pobre hombre andrajoso trepó por la reja del cementerio del pueblo. Quería tener fuego en su hogar y robó dos cruces de madera.

Un de aquellas dos cruces era la de Janos Kovacs.

Otra vez pasaron los años; unos dos decenios.

En 1920, en la pequeña ciudad de Kenkemet, un joven abogado estaba sentado ante su escritorio, repasando el inventario de los papeles de su padre recién fallecido. Fue abriendo uno por uno los cajones de la mesa y examinando cada papel, hasta el más pequeño.

Apareció una hoja donde se había escrito, con torpe mano y no pocas faltas ortográficas:

“Por el presio de dos sillas barnisadas 4 florines 60 kytzar recibí atentamente, Janos Kovacs”.

El abogado, indiferente, leyó la hoja, la arrugó y la arrojó al cesto de los papeles.

Al día siguiente la criada sacó la cesta del despacho y la vació en un montón de basura del otro extremo del patio.

Tres días después llovió mucho. El papel arrugado se mojó por completo y sólo quedó escrito en él: J... Kova... Pero hasta aquella J era apenas legible.

Después, durante mucho tiempo, no volvió a llover. Sepultados entre el polvo y la basura, yacían allí, silenciosamente, aquellas últimas letras: J... Kova...

Estas únicas letras, su materialidad, los últimos fragmentos de su trazo, eran las últimas cosas de Janos Kovacs.

A las pocas semanas se desencadenó un temporal que duró media jornada. El cielo se abrió de par en par, acuchillado por los relámpagos, y el agua caía a chaparrones irregulares, como si la baraúnda infernal de los truenos exprimiese el cielo.

Aquella tarde se borraron por completo hasta las últimas letras. La letra v fue la que resistió aún más tiempo, pues allí donde un palo de la v remata en un nudo, Janos Kovacs al firmar había apretado más la pluma.

Después se borró la v. Aquella v.

Y entonces, en aquel preciso instante –cuarenta y seis años después de morir–, la vida de aquel humilde oficial de carpintería dejó definitivamente este mundo.

FIN